

Sobre historia de ayer y de hoy...

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 140 – 17 de junio de 2016

En este número

1. ¿Dónde está la libertad?, *Emilio Álvarez Frías*
2. Las aulas, en campaña electoral, *Manuel Parra Celaya*
3. La verdadera razón por la que Rajoy, Sánchez y Rivera se entenderán el 27-J, *Antonio R. Naranjo*
4. Miguel Hernández, *José M^a García de Tuñón Aza*
5. El mito de Ortega y su influencia en Iberoamérica, *Alberto Buela*
6. «Antifascistas»: ¿benefactores de la humanidad o mamporreros del sistema?, *José Basaburúa*

¿Dónde está la libertad?

Emilio Álvarez Frías

Hoy empezaré por el final de otros días. Es decir, por prepararme el aperitivo que tomaré mientras escribo, buscar el contenedor (un porrón de cerámica de Manises) del líquido que voy a beber, que será horchata por dos razones: la primera porque el tiempo requiere algo fresco y la segunda porque intento responder a un amigo (¿me permite le trate así?) de origen valenciano; y para acompañar acudiré a unas aceitunas rellenas como las que tomaba en la Barrachina (bar de referencia que no sé si existirá todavía), situado en la «plaza mayor», la «plaza del país valenciano» o como se llame ahora. Realmente mi espíritu viajero anda bastante disminuido en estos momentos, razón por la cual no puedo garantizar que mis lugares de referencia sean o estén como los conocí. Por cierto, otro día hablaré sobre el particular, pues comentando esos extremos se llega a la conclusión del cambio que ha sufrido España, últimamente,... y durante los cuarenta años anteriores.



El amigo al que hago referencia se duele de que en la *Gaceta* no mencionemos tiempos pasados y, aparte los artículos de los colaboradores propios, traigamos otros que él cataloga como repugnantes, malhablados, mentirosos, viles, etc. –confesamos que algunos de estos adjetivos los ponemos nosotros creyendo interpretar sus palabras–.

Nuestro amigo hace una ligera mención a sus orígenes y nos cuenta que su padre fue republicano, concejal de una localidad castellanense por lo que estuvo tres años en prisión, pese a lo cual no odió a los vencedores, aceptó la bandera, enseñó en himno de Valencia en español, disfrutaba con los triunfos del equipo de fútbol representante de España y sintonizaba –en aquellos tiempos de radio– la BBC de Londres y Radio Independiente de los Pirineos. Dicho de otra forma: un español que había estado en la posición opuesta a los vencedores, que mantuvo sus ideas, pero que se enteró de que aquella guerra había terminado y era necesario plantearse vivir en la nueva España. De esta forma pudieron ir rehaciendo su vida familiar con el paso del

tiempo, él hizo los estudios con el esfuerzo de toda su familia –como sucedía en la mayoría de las familias españolas–, consiguiendo terminar la carrera de Caminos que, por lo que yo sé, en aquel entonces era tarea dura y difícil.

Este amigo, al que únicamente conocemos por internet, vivió su tiempo de juventud en aquellos cuarenta años que muchos españoles someten a las catacumbas, califican de erial en todos los aspectos, y odian sin saber por qué, pues no lo han conocido. ¿Porque se lo ha contado su abuelo como algunos necios aseguran? ¿Porque lo han leído en un libro tendencioso y mentiroso? ¿Porque se lo dijo su profesor en el instituto o la facultad, un profesor barbilampiño indocto e ignorante? Y nuestro amigo, en su carta, con la frase «¿Tan malo era Franco?» va terminando los diferentes párrafos en los que nos refleja sus reflexiones, que en todos los casos son positivas porque es lo que él ha vivido a pesar de esfuerzos y sacrificios. Como son reflexiones justas, vividas y meditadas sin apasionamiento y buscando la verdad, en futuros artículos iremos trayendo comentarios sobre las preguntas que él hace, pues no queremos ni podemos agotarlas ahora. Su carta nos ha servido para acercarnos al momento presente: el debate televisivo de los cuatro líderes de los partidos más votados el 20D, y toda su trayectoria durante tan largos meses de espera y de permanente campaña electoral.

Es poco lo que podemos decir, por razones de espacio, pero suficiente para asegurar que su cháchara está falta de contenido. Mucho progreso y mucho cambio, pero en ningún momento dicen en qué consiste esa promesa y tal cambio. No les hemos oído hablar con entusiasmo de España, de la necesidad de regenerarla, de convertirla de nuevo en una empresa de alcance mundial como fuera en tiempos pasados; ni han hablado de la familia, de la necesidad de dar fuerza a esa unidad nuclear que es la familia, echando por la borda la teoría del género, la diversas formas de uniones que se han ido pariendo últimamente, y volviendo a la familia conyugal de hombre-mujer-hijos; ni han hablado de la juventud, de que es imprescindible formar a la juventud en valores, haciéndoles que olviden el botellón y la «hierba», y monten su vida sobre el trabajo y el estudio; ni por supuesto, de la enseñanza, tan deteriorada en estos momentos, tan marginada incluso por los padres que



consideran que los profesores exigen demasiado a sus hijos; ni han hablado de la justicia, de la necesidad de hacer una justicia justa y eficiente, libre de influencias externas; ni han hablado en serio de la limpieza de la Administración, procesando a todo aquel que haya infringido las leyes, con el apoyo de todos los partidos, sin tirarse a la cara el «tú más que yo», sino empujando todos juntos en la misma dirección; ni han mencionado la necesidad de poner orden en las Comunidades Autónomas, definiendo sus características para todas por igual como entidades delegadas de la Administración para acercarse al ciudadano, o eliminando de raíz los juegos malabares de aquellas que fomentan el separatismo por deseo de unos

pocos interesados en la ruptura de España u otros por motivos bastardos;... y para terminar, pues no podemos extendernos demasiado, no han hablado de la libertad, de la libertad verdadera, no de la libertad de hacer en la calle lo que el ciudadano quiera–siempre que sean los

suyos-, ejercer de okupas –fomentándolo entre los suyos-, legislando según las ocurrencias del días, frenando el progreso de acuerdo con sus ideas mezquinas, haciendo promesas imposibles de cumplir, y privando a todos de la auténtica libertad para que los españoles puedan ejercer el libre albedrío, pues cada vez lo van encerrando más en un laberinto más complicado que el de Dédalo, sin poder hallar la salida.

Lo decía nuestro amigo en esa pregunta: ¿Tan malo era Franco? Me permito hacer una traducción: entonces había más libertad, aunque no para crear partidos políticos y otras cuestiones, ciertamente. Pero para vivir normalmente había completa libertad, la tenían los de uno y otro bando de la guerra –tema que es el escollo fundamental de entre los españoles de hoy por empeño de un necio-, y todos fueron haciendo la sociedad que creció de forma increíble y que permitió que luego de la transición continuara su desarrollo.

Ahora no hay esa libertad sutil del ejercicio de la voluntad de cada quién, por más que nos la prometan a manos llenas. Lo demuestra la profanación, por segunda vez, de la capilla de la Universidad Autónoma de Madrid. En esta ocasión con nocturnidad y alevosía pues, probablemente, los asaltantes –o instigadores- estén encaramados en los órganos de la Administración de Madrid, y no les conviene aparecer en la palestra. La primera vez estaban las «fames» como Rita Maestre, en esta ocasión ha mediado el anonimato. Y la libertad religiosa, la libertad de practicar una fe, debe estar por encima de todo en un país civilizado.

Las aulas, en campaña electoral

Manuel Parra Celaya

¡Vaya por Dios! ¡Otra vez ha entrado en el baile de la campaña electoral el incierto, incomprendido e incomprensible mundo de la Enseñanza! Ahora, los candidatos se han enfrascado en una inútil y nimia polémica sobre la conveniencia o no de los deberes en casa una vez acabada la jornada lectiva en los centros. Por supuesto, *Podemos* lo muestra como forma de servidumbre infantil, quizás de *acoso* adulto a la infancia desvalida, y propone su eliminación fulminante; en el otro extremo, el PP, fiel a sí mismo, *no sabe o no contesta* y opta por dejarlo a la iniciativa de los respectivos *proyectos educativos*. Como todos sabemos que los políticos son expertos en pedagogía, me imagino que escolares y papás estarán con el alma en vilo ante el tema... y harán mangas y capirotos de lo que dicen, y exigirán y ayudarán sus vástagos a la hora de *cumplir*, como hemos hecho todos.

Se ha convertido ya en un tópico, no menos inútil que la mencionada polémica, lo del *pacto escolar*; a pesar de todo, sigo opinando que es urgente, por lo menos para que deje en paz y prosperidad a la Enseñanza y permita que los alumnos aprendan y los profesores enseñen, que es lo de que se trata; hasta ahora, unos y otros han sido simples conejillos de indias de los experimentos ideologizados de los partidos, cuando *los experimentos han de hacerse con gaseosa*, que dijo Eugenio d'Ors, que sí sabía de pedagogía.



Confieso, con todo, que me dan ganas de invocar el viejo chiste (*Virgencita, que me quede como estoy*) y rogar a nuestros futuros gobernantes y representantes que se olviden del tema y lo confíen a los verdaderos especialistas: los sufridos maestros y profesores que bregan a diario con las mesnadas infantiles y juveniles de nuestras endebles Primaria, E.S.O., Formación Profesional y Bachillerato; por lo menos, que no sigan con la sopa de letras (LOGSE, LOE, LOMCE...), que, amén de perjudicial, es ridícula.

Esta obsesión de los políticos por legislar sobre las aulas no es más que un vector lamentable de ese afán de intervencionismo propio del Sistema en que vivimos: todo ha de estar contemplado, legislado y controlado desde *los papeles*; nada debe dejarse a la iniciativa personal, ciudadana o profesional; las leyes, decretos, normas ministeriales y normativas deben registrar hasta la cantidad de estornudos que puede permitirse un docente constipado en clase hasta el número de bolitas de papel que puede lanzar un discípulo alumno a sus compañeros cuando el profe se vuelve para escribir en la pizarra. Esta intervención sistemática de lo público sobre lo privado, de lo *oficial* sobre lo *real*, empieza, para mis antiguos colegas de Instituto, en la exigencia formalista de las ineficaces *programaciones* (generales, de Seminario, de ciclo, de aula, etc.), sigue con el no menos formalismo e inutilidad de las juntas de evaluación, y se centra peligrosamente en los currícula, en las adaptaciones de los mismos, para acabar en los aprobados generales, con el fin de que las estadísticas no pongan en evidencia la estolidez de las medidas anteriores, la estupidez de los legisladores y, en general, las graves carencias de la Enseñanza en España.

He leído recientemente un libro (*La conjura de los ignorantes*, de Ricardo Moreno Castillo) que recomiendo a todo el profesorado habido y por haber; a la vez, es certero, regocijante y triste: lo primero, porque pone el dedo en la llaga al burlarse de lo que se considera *políticamente correcto* en Educación; lo segundo, porque el día que se escriba la peripecia escolar de esta democracia quedarán en mantillas esos *gloriosos pensiles* que se burlaban de las aulas del franquismo; lo tercero, porque el lector descubre los trampantojos y llega a la conclusión de que seguimos en el círculo vicioso de la enseñanza manipulada por las ideologías y las estupideces, o ambas cosas de consuno.

Solo formularía una crítica al autor del libro, catedrático jubilado, es decir, con espolones, y es que la extiende a toda la ciencia pedagógica; no existe, por definición, una sola pedagogía, la actual y nefasta, sino muchas posturas, que no coinciden por su seriedad con lo que tenemos. La Pedagogía, por otra parte, es ciencia y es arte. El buen pedagogo se forma, eso sí, en la trinchera que es el aula, frente a escolares de carne y hueso, y no oficiando de *estado mayor* en la retaguardia de los despachos oficiales. Uno tiene a gala ser, por vocación, por formación y por profesión (ya en retiro), un educador, un pedagogo en suma, y confiesa que aprendió más en las aulas (y en los campamentos juveniles) que en los manuales y facultades.



Lo grave es que, entretanto decimos estas cosas y los políticos en campaña electoral elucubran majaderías, siguen saliendo promociones de españolitos con déficit de cultura y vacíos de valores esenciales y contenidos profundos; hablo en general, claro, porque tengo la secreta esperanza de que, con el tiempo, algunos jóvenes caerán del guindo y advertirán el inmenso fraude de que fueron objeto.

Sigo teniendo para mí que la Educación en España es la más perentoria *revolución pendiente* que tenemos.

La verdadera razón por la que Rajoy, Sánchez y Rivera se entenderán el 27-J

Antonio R. Naranjo

Se digan lo que se digan en lo que queda de campaña, los dos grandes partidos alcanzarán algún tipo de acuerdo. La razón: no les queda más remedio.

Aunque las campañas electorales son siempre una excitante competición de frases gruesas y de

sentencias aparentemente irreversibles; casi todo lo que se dice en ellas tiene el mismo futuro que una factura escrita en una barra de hielo depositada bajo el sol del mediodía de agosto.

La tensión entre el PP y Ciudadanos, en ese sentido, obedece más al legítimo deseo del primero de recuperar todos los votos perdidos y al no menos legítimo afán del segundo por mantener y atraer a todos los descontentos con Rajoy que a la firme decisión de unos y otros de no entenderse cuando pase el fragor electoral.

Se digan lo que se digan ahora –y la oscilante actitud de Pedro Sánchez con Podemos desde las elecciones autonómicas de hace más de un año hasta aquí es la mejor prueba de ello–, al día siguiente del 27-J ambas formaciones se entenderán porque no les queda más remedio: dado que para Ciudadanos la otra opción es sumarse a una alianza ya de por sí traumática entre Podemos y PSOE que probablemente tendría a Pablo Iglesias como presidente, el entendimiento con el PP es tan inevitable como necesario para seguir manteniendo los focos sobre Rivera, primera e inteligente razón del ya caducado pacto con el PSOE: de no haberlo firmado, los 40 diputados de Ciudadanos hubieran sido en estos meses una mera comparsa y sus opciones electorales en la nueva cita hubiesen caído en picado.

Aunque el riesgo de retratarse con Sánchez fue elevado, lo era menos que quedarse en un rincón de la barra tomando una copa mientras el resto bailaba en la pista. Pero ahora todo ha cambiado y al menos hay tres poderosas razones para intuir el pacto que entonces no existían: la imposibilidad de obligar a los españoles a ir a las urnas por tercera vez; la inviabilidad de repetir un acuerdo con un PSOE en barrena al que tendría que sumarse Podemos en el papel de macho alfa y, finalmente, la certeza de que el PP hará movimientos desde el minuto uno a diferencia de hacer cuatro meses.

El fantasma de las terceras elecciones

Ciudadanos sólo puede pactar con el PP porque la otra opción es una locura o ir de nuevo a las urnas. Y el



PP no se puede permitir tampoco repetir su estrategia del 20-D, renunciando a participar en la investidura hasta que no tenga garantizados los 176 diputados que, para todos los contendientes, son una cifra ya tan mítica como los unicornios.

Esto es, por mucha tensión personal que exista entre Rajoy y Rivera; el 27-J el primero llamará al segundo y el segundo atenderá al primero. Y tan cierto es esto como que el cuarto, si se cumplen los pronósticos, tendrá que decidir entre permitir esa alianza o convertirse en

mayordomo de Iglesias, que es lo que sería Sánchez como presidente intervenido por Podemos y, no digamos ya, como vicepresidente.

Como lo razonable es que esa decisión no la tome ya el actual líder socialista, cuya caída en la misma noche electoral será reclamada por muchos de sus cualificados compañeros si no se marcha voluntariamente; parece mucho más improbable que un PSOE sumido en una crisis profunda inicie su travesía del desierto como muleta de Podemos que lo haga, por el bien de España, tolerando con su abstención la gobernación del partido más votado en alianza con quien él mismo aceptó de socio.

El verdadero dilema no es siquiera si el beneficiario del más que probable y sin duda necesario acuerdo del PP con Ciudadanos y con el PSOE, cada uno de una manera, será o no Rajoy –el supuesto veto desaparecerá el 27-D si supera sus resultados del 20-D y se cambiará por un paquete de exigentes reformas–; sino qué tipo de Gobierno saldrá del pacto para darle una vuelta al país sin reventarlo y afrontar una crisis conceptual, intelectual, económica, cultural y social que afecta a toda Europa y dista mucho de haberse acabado.

Como no se puede poner el carro delante de los bueyes en una campaña electoral, resulta ingenuo pedir respuestas a este respecto cuando no es momento siquiera de hacer las preguntas. Pero si Ciudadanos fue capaz de anunciar su participación en un Gobierno de Sánchez, bien es cierto que sabiendo que tal Ejecutivo nunca existiría pero que diciéndolo se abortaba un pacto alternativo del PSOE con Podemos –un servicio que todos deberíamos agradecer a Rivera–; ¿por qué no iba a hacer lo mismo con el PP si la agenda reformista que necesariamente se pactaría permite, sin duda, promover ante la opinión pública la idea de que se abre de manera clara un nuevo tiempo con nuevas caras aunque algunas sean ya muy

conocidas?

Y si el PP está dispuesto a gobernar junto al PSOE, ¿cómo no va a aceptar las reformas que le exija Ciudadanos para firmar acuerdos parecidos a los que funcionan, y muy bien, en lugares tan complejos como la Comunidad de Madrid?

Si son ciertos los presagios de que la suma de PP (al alza en porcentaje de votos) y Ciudadanos estará en una horquilla de 160 por abajo y 175 por arriba (por el impacto de la alianza de Podemos e IU a la hora de aprovechar sus restos en algunas circunscripciones) y su alternativa por la heterogénea izquierda moderada y extrema difícilmente pasará de los 165 en el mejor de los casos; las incógnitas a despejar tienen más que ver con lo adjetivo que con lo sustantivo.

O dicho de otra manera, con las personas que con los acuerdos, lo que en sí mismo sugiere que cuando llegue el momento de hablar de lo importante lo accesorio quedará confinado en el terreno de la pugna electoral.

Y dado que España se juega tanto y que estamos en un momento en el que a casi nadie le ofende un entendimiento entre el PP y el PSOE impensable en la historia reciente de nuestra democracia, ¿cómo no va a ser posible firmar los sacrificios que sean menester para que PP y Ciudadanos se pongan de acuerdo, para cuantas más cosas mejor y con cuanto más compromiso mejor, dejando al PSOE que se enfrente a su dilema, como el propio Pablo Iglesias repite con toda la razón?

Si el pacto entre PP y C's es inevitable, necesario y más que probable; al precio que sea para ambos; lo único que queda por despejar en realidad es el papel del PSOE. Haberse entregado en las autonómicas y municipales a Podemos, para camuflar su primer hundimiento en esa cita con la obtención artificial de ayuntamientos y comunidades donde había perdido, está teniendo por principal efecto el ya célebre sorpasso.

El «pacto de los complementarios»

Al PSOE le toca, pues, enfrentarse con su enemigo –Podemos– y entenderse con sus rivales –PP y Ciudadanos–. Lo otro ya lo ha probado y lo último que puede hacer es persistir en el error. Haberlo prolongado tanto sólo le ha servido para pagar un precio mayor y para enfrentarse ahora a un panorama que podía haberse ahorrado si Sánchez no llevara año y pico hipotecándolo todo a un objetivo tan ramplón como su propia supervivencia interna, con la complicidad de sus tibios y cobardes detractores, incapaces de ponerle en su sitio a tiempo: el de decirle a sus militantes que es mejor dejar gobernar a quien ha ganado que echarse en brazos de una mantis morada que, tras la cópula, siempre decapita a su pareja.

Lo que España necesita es un gran pacto de legislatura entre dos partidos complementarios y, a la vez, un PSOE renovado capaz de permitir ese comienzo sin perder su condición de oposición al nuevo Gobierno y, al mismo tiempo, a una paleoizquierda que sólo los socialistas pueden y deben saber frenar.

Tomado de *esDiario*

Miguel Hernández

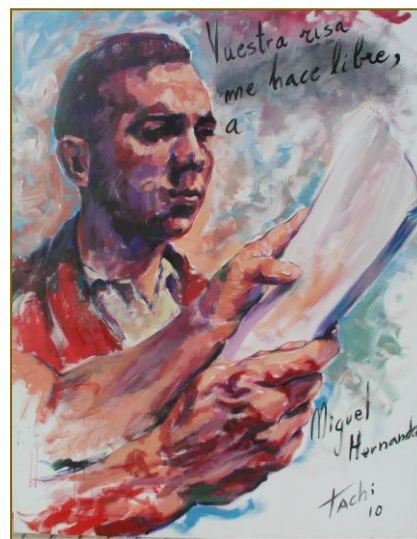
José M^a García de Tuñón Aza

Todo el que haya leído algo de este buen poeta y excelente persona, conoce su triste final. Pero posiblemente conozcan poco de su vida que ahora no trato de biografiarla aquí porque no es mi intención. De todas las maneras, este hombre que un día se enfrentó a María Teresa León, la esposa de Rafael Alberti, cuando aquella le pegó una bofetada porque, el poeta, que venía de las trincheras en plena guerra civil donde moría mucha gente, entró en el local de la Alianza de Intelectuales y al ver el festín que se estaban dando, dijo: «Aquí hay mucha puta y mucho hijo de puta». Fue entonces cuando recibió la bofetada de María Teresa León que al final de sus días falleció en una clínica geriátrica abandonada por Rafael Alberti.

Miguel Hernández no fue un poeta del agrado de Lorca y tuvo como consecuencia que la larga lista de exegetas que tuvo el granadino se olvidaran del poeta de Orihuela, lo mismo que había hecho la generación del 27 que lo maltrató dejándolo en el olvido. Miguel Hernández le hacía

sombra a García Lorca y éste no lo podía soportar: por eso el Premio Nobel José Saramago, en la clausura del II Congreso Internacional Miguel Hernández dijo, refiriéndose al día en que Lorca rehusó acudir a casa de Vicente Aleixandre porque se enteró de que allí estaba el poeta de Orihuela, dijo: «El talento del genio no da derecho a menospreciar a los demás y eso no se lo perdono a Lorca».

A Miguel Hernández, cuando es condenado a muerte, quisieron salvarle la vida los falangistas, lo que intentaron Rafael Sánchez Mazas y José M^a Alfaro cuando a través del general Varela. Se entrevistaron también con Franco y el 25 de junio de 1940, previo los trámites correspondientes, el jefe de la Asesoría y Justicia del Ministerio del Ejército, firma un oficio dirigido al capitán general de la Primera Región Militar dándole cuenta que Franco en el «procedimiento nº 21001 seguido contra Miguel Hernández Gilabert, se ha dignado conmutar la pena impuesta por la inferior en grado» que serían treinta años. No consiguieron la libertad total que querían los falangistas y que el propio Miguel Hernández esperaba. Se lo manifestaba a su mujer Josefina, con la que había contraído matrimonio canónico: «Esta semana me han dado mejores noticias que otras veces. Hasta me han traído una carta que ha recibido Vergara, en la cual se interesa por mi asunto el ministro Rafael Sánchez Mazas. Tengo bastante confianza en él, ya que es un antiguo amigo y espero que, como amigo, dará solución a esta situación mía». En la cárcel lo visitaba con frecuencia Dionisio Ridruejo que siempre iba acompañado por el grupo que hacían la revista *Escorial*.



Hace algún tiempo, dato que ya he referido en otra ocasión, el periodista Gustavo Morales ha descubierto un importante documento, que ha publicado en su Facebook, donde hemos podido leer que el falangista Juan Bellod Salmerón, secretario de la jefatura Provincial de de FE (T) y de las JONS certifica que conoce a Miguel Hernández, vecino de Orihuela y que le consta ser persona de inmejorables antecedentes y que garantiza su conducta plenamente, así como su fervor patriótico.... Así, pues, esta es una prueba más que como también quisieron hacer con Lorca, intentando salvarle la vida, hicieron con Miguel Hernández, el poeta marcado por el dolor, que aunque se la salvaron no consiguieron librarle de la cárcel donde murió el 28 de marzo de 1942, siete días después de dar comienzo la primavera.

El mito de Ortega y su influencia en Iberoamérica

Alberto Buela

Este mito tiene su partida de nacimiento con la llegada de José Gaos a México en 1939, al final de la guerra civil española. Discípulo de Ortega en España, convence, a su vez, a sus discípulos mejicanos (Zea et alii) de dicha influencia.

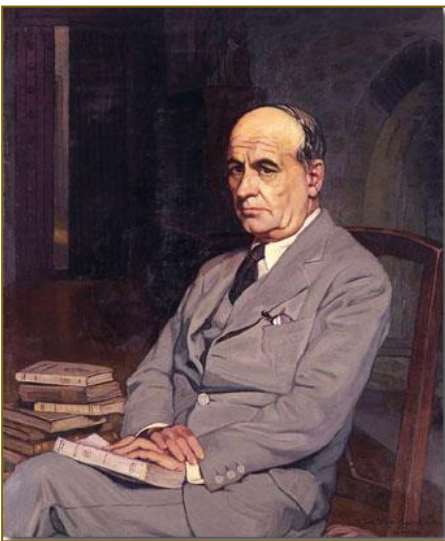
Viene luego Julián Marías y su medio siglo de innumerables viajes y conferencias por toda Hispanoamérica en donde peroró sobre Ortega por doquier, promocionando sus libros e ideas. Entrados los años setenta es el historiador de las ideas españolas, José Luis Abellán quien toma la posta en la difusión del mito.

Finalmente, en los años 90, el estudioso, también español, José Luis Gómez Martínez en su libro *Pensamiento de la liberación: proyección de Ortega en Iberoamérica* (1995) termina afirmando la influencia directa de Ortega y Gasset en la filosofía de la liberación latinoamericana, que nace como teología de la liberación a partir de Medellín en 1968.

Como vemos, es un relato que da para todo y todos los gustos, pero los hechos han sido diferentes. Vayamos a ellos.

Ortega llegó, con treinta y tres años, por primera vez a América en julio de 1916 y lo hizo a Buenos Aires y viajó por el interior del país. Se quedó seis meses dando conferencias y seminarios y fue muy bien recibido por los hombres ya formados filosóficamente como Korn, Alberini, Rougés, Franceschi, Terán, Quesada, Gálvez, Rojas, etc. Hombres pertenecientes a la generación del Centenario que ya venían publicando sus críticas al positivismo de la generación de 1880. Ortega les vino al pelo, pero no por su «circunstancialismo» (yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo) sino por ese espiritualismo larvado que trasunta todo su pensamiento y por su autoridad en tanto pensador europeo.

En realidad el que llega a ejercer proyección, tanto por su impronta personal como por su bergsonismo, caro a la generación del Centenario, es Eugenio D'Ors, quien hoy, para el pensamiento políticamente correcto es una mala palabra. D'Ors llegó dos años después y bajo su influencia se creó el Colegio Novecentista (comandado por José Gabriel, junto a Ibarguren, Rojas, Benjamín Taborga, Luis María Torres, Adolfo Korn Villafañe, Tomás Casares, Ventura Pessolano, Jorge Max Rodhe) que apoyó el movimiento de la Reforma Universitaria del 18, que terminó diluyéndose en él.



Ortega regresa dos veces más, en agosto del 28 cuando difundió la filosofía alemana de Husserl, Rickert, Dilthey, Drieck y Scheler. Esta vez su auditorio ya son los miembros jóvenes de la generación del 25, muchos de los cuales (de Anquín, Astrada, Juan Luis Guerrero, Saúl Taborda) están regresando con sus doctorados desde Alemania y comienzan a mostrar su disconformismo con sus planteos. Es que en este segundo viaje aparecen los grandes macaneos de Ortega con afirmaciones como las siguientes: Buenos Aires es la ciudad de la esperanza, eso se ve en lo verde de sus árboles o La Argentina es promesa porque la infinitud de su pampa, promete o (por los argentinos) somos una existencia que no existió.

Finalmente, en su tercera estadía que va de mediados del 39 hasta febrero del 42, Ortega fue marginado de la tarea universitaria y se dedicó a ofrecer trabajos de traducción y publicaciones a través de proyectos editoriales.

Incluso recibe críticas de personajes y profesores impensados, que antaño lo cobijaron. Pero en tanto «divulgador de la filosofía» consolida una alianza con su compatriota, el sevillano Francisco Romero, el capitán filósofo, Alejandro Korn dixit, para la edición de libros y promoción de jóvenes valores.

Claro está, estos jóvenes valores serán valorados por el criterio de la «normalidad filosófica» establecido por Romero, criterio que le sirvió luego, en el golpe de Estado de 1955 que derrocó a Perón, para establecer quién debía quedar en la Universidad y quién no. Y así, fueron dejados cesantes, entre otros, filósofos o maestros de filosofía significativos como: Carlos Astrada, Nimio de Anquín, Juan Luis Guerrero, Diego Pró, Eugenio Pucciarelli, Miguel Ángel Virasoro, etc.

Fue este último quien pudo escribir en 1957: «Demosté acabadamente que el capitán Romero no era un filósofo creador, sino un mero repetidor y divulgador de ideas ajenas». Y eso mismo fue su maestro Ortega y Gasset para Iberoamérica, y si tuvo una influencia esta se limitó a lo que hoy llamamos «la gestión cultural», dando a conocer los frutos de otros.

También por esos años, en 1956, de Anquín escribe un artículo muy crítico titulado ¿Es un filósofo Ortega y Gasset?

Relatadas sucintamente las estadias de Ortega en nuestro país podemos sacar como conclusión que su principal tarea fue la divulgación de la filosofía europea, especialmente alemana, pero que, si bien tuvo discípulos y seguidores en nuestro medio, estos carecieron de enjundia filosófica, potencia analítica y erudición crítica; tres elementos indispensables en un verdadero filósofo.

«Antifascistas»: ¿benefactores de la humanidad o mamporreros del sistema?

José Basaburua

La constante violencia antifascista

Vienen pegando fuerte, literalmente; señalándose con una orgullosa agresividad gestual, verbal... y física.

Así, a primeros de mayo, el joven francés Luigi Guardiera, residente en el cantón de Masseur (Midi-Pyrénées), fue golpeado por una banda de diez «antifascistas» a la salida de una discoteca en Tarbes. Murió a los pocos días. Su delito: ser militante del Front National.

También se mueven entre nosotros: aquí, en España. En la madrugada del viernes 10 de junio, fueron detenidos cuatro «antifascistas» tras agredir a dos jóvenes, quienes portaban unas camisetas «provocadoras». Y no parece que se trate de un episodio ocasional; respondiendo, más bien, a una auténtica dinámica totalitaria sostenida en el tiempo y alimentada por un discurso ideológico cargado de odio, que en ocasiones alcanza unos niveles de auténtica histeria colectiva de ribetes paranoicos.

Hagamos un poco de memoria: además de los antes mencionados, recuérdense los numerosos episodios de kale borroka en Barcelona desde hace años, agresiones en Madrid a viandantes que portaban bordada en la manga una bandera española, ataques a jóvenes promotoras de la Selección Española también en Barcelona, etc.

Se muestran furiosos, agresivos, justicieros. ¿Quiénes son?, ¿qué quieren?, ¿cuál es su ideología?, ¿la tienen?

Una primera observación: aparentemente son muchos. Están organizados. No se ocultan; todo lo contrario. Alardean de su fuerza y se refuerzan con una marcada estética. Se jactan de controlar las calles. No admiten otras presencias. Excomulgan y excluyen sin piedad. Están envalentonados. Creen que no tienen límites. El futuro les pertenece...

Antifascistas en Pamplona

Uno de tantos grupos encadenados a tal dinámica, por ejemplo, es la Iruñerriko asanblada antifaxista («Asamblea antifascista de Pamplona»). En los medios digitales, en los que se también mueven, proponen al visitante ocasional o habitual, entre otras iniciativas: «denuncia cualquier actividad fascista en... (un correo electrónico)». Y ponen ejemplos. Así, semanas atrás subieron un vídeo en el que, acompasado por la agresiva música Oi!, unos sujetos arrancan y queman pegatinas con la leyenda «Stop feminazis» sobre una señal octogonal roja. Al parecer, para tan preclaros «vigilantes» sociales, tales pegatinas serían un fruto horripilante del «fascismo que avanza». En verdad, un verdadero delirio.



El grupito de padres maltratados por la justicia, autor de esa «pegatinada», no es una entidad organizada. Tampoco forman parte de ningún partido político; ni siquiera comparten una única corriente ideológica. Entre ellos hay derechistas, socialistas desencantados, ¡libertarios...! y predominan los apolíticos. Pero, a juicio de estos antifascistas, tales activistas, movilizados con motivo del «día del padre», serían ¡peligrosos fascistas!

Pero, estos «antifas», ¿han hablado con ellos en algún momento?, ¿conocen sus reivindicaciones?, ¿saben de sus problemas con las rutinas y mecanismos de la justicia?, ¿les interesa saber de las contradicciones de un sistema viciado? Se sorprenderían, tal vez, al enterarse que únicamente reclaman igualdad ante la ley. Un valor, un tanto, ¿izquierdista?, ¿progresista tal vez?

Reclamo «antifa» en realidad, no necesitan dialogar. Ni conocer las reclamaciones de colectivos cuya naturaleza y actividad no controlan. No en vano son... ¡antifascistas!: supremos jueces, valedores del pensamiento políticamente correcto, guardianes del progreso... Todo les está permitido. Y han desarrollado una compleja parafernalia, toda una liturgia, con su estética, cierta jerarquía... Se consideran muy progresistas, pero, ¿lo son?

El pasado 22 de marzo, a escala planetaria, se sucedieron numerosas manifestaciones, de variadísimo calado y entidad, dirigidas, según sus variados promotores, «contra el fascismo y el racismo».

En España, a causa de los incidentes de orden público generados en otras movilizaciones anteriores y posteriores a esta fecha, tales acciones pasaron un tanto desapercibidas; siendo medios digitales y de «contra-información» los que dieron cuenta de ello.

Pero, ¿tiene sentido manifestarse hoy día contra el fascismo?, ¿acaso quedan fascistas? De existir, ¿son peligrosos? ¿Más que los propios antifascistas?

Orígenes y desarrollo del antifascismo

El antifascismo nació en los años veinte del siglo pasado desde las izquierdas revolucionarias (socialistas, comunistas, anarquistas), supuestamente para responder a los diversos fenómenos nacionales –encajados en la categoría imprecisa y multiforme de los fascismos– que arraigaron en buena parte de Europa (y que contaron con no pocos seguidores extra-continenciales), a partir del triunfo de Benito Mussolini en Italia.

Casi inmediatamente, el antifascismo terminó de configurarse como una elaborada táctica, edificada con aliados ocasionales, conocidos como «tontos útiles», en aras de la estrategia revolucionaria comunista global diseñada en Moscú: no en vano, existía una utopía supuestamente en marcha, en Rusia, y parecía posible «asaltar los cielos» en todas partes. Concebido el fascismo como el «estadio superior del capitalismo», se entendía imprescindible derrotarlo previamente en aras de la conquista del poder y la posterior edificación de una sociedad socialista. Además, los fascismos eran la más directa competencia en su pretensión de encuadrar a las masas populares. Radicales de izquierdas y fascistas competían a muerte.



En la Segunda Guerra Mundial, el antifascismo acogió como aliado ocasional a las democracias de corte burgués (pero, ¿no eran el «caldo de cultivo del fascismo»?). A su término, el antifascismo continuó siendo enarbolado como bandera táctica; bien para movilizar al pueblo chino contra el Kuomintang (tras la derrota de los colonialistas japoneses), bien para imponer gobiernos de Frente Nacional en Europa Oriental como paso previo a la instauración de las tristes y policíacas «democracias populares», etc. etc.

A lo largo de las últimas décadas del pasado siglo, el antifascismo sería de nuevo instrumentalizado, pero en otras direcciones distintas al inicial; marcadas desde los órganos de

Dirección del «socialismo real»: objetivos militares y económicos fijados por el Pacto de Varsovia y Pekín, la lucha anticolonial y antiamericana (Corea, Vietnam, Cuba, numerosas guerrillas a lo largo y ancho de todo el globo), el anti-sionismo, enfrentándose a las dictaduras militares instaladas en América Hispana y otros lugares del mundo, etc.

De este modo, en tanto la URSS y la China comunista permanecieron en pie, el antifascismo continuó siendo su mejor banderín de enganche. Así, todo enemigo, real o imaginario, era calificados como fascista: los americanos, los colonialistas, los regímenes autoritarios, las monarquías, las democracias liberales, los israelíes, las iglesias y todas las religiones no domesticadas bajo la etiqueta de «patriotas». Es decir: fascista era... todo el que no era comunista. También los mismísimos anarquistas.

Nuevas modalidades de antifascismo, pues; pero siempre al servicio de una estrategia global que pretendía alcanzar el poder estatal convulsionando previamente países concretos.

Caído el Muro de Berlín, y desnaturalizado el de Bambú, la utopía comunista permanece –lejos de pedir perdón por los genocidios e incontables crímenes perpetrados– como proyecto utópico de unas minorías derrotadas por la Historia y marginadas de los procesos de gestión del poder real a escala mundial. No obstante, algunos le echan no poca imaginación: efectivamente, nos referimos a Pablo Iglesias y Podemos.

Antifascistas de nuevo

Con todo, no pocos grupos juveniles en Europa, pero también en otras latitudes, se siguen movilizándo bajo la bandera del antifascismo, al que añaden, como no podía ser de otra manera en su intento de «actualización», el antirracismo, el feminismo, el ecologismo, etc. Esos movimientos, en gran medida, lo son de convicciones libertarias; si bien comparten barricadas con comunistas irredentos (nostálgicos de Stalin, Mao, Sendero Luminoso), tribus urbanas de lo más variopinto, ecologistas, ultrafeministas supremacistas, animalistas, etc.

En un corto –pero muy rentable– alarde de imaginación, los modernos «antifas» también meten en el «saco» del fascismo a los nuevos populismos que vienen ganando amplios sectores sociales por toda Europa (salvo, significativamente, en España). Existe, pues, un cierto paralelismo con las experiencias de los años veinte y treinta del siglo pasado: así, muchos votantes populistas son antiguos comunistas; desplazados a unas posturas tan novedosas como poco perfiladas que apelan a la identidad, la solidaridad, la comunidad, la nación, el Estado del Bienestar, el miedo a agresivas culturas extrañas, etc.

En las movilizaciones antifascistas ya no planea la utopía de un modelo comunista en marcha (la Venezuela de Maduro no parece que genere muchos entusiasmos...): ni la URSS, ni China, ni ningún otro espacio territorial, ni ninguna «internacional» encarna las ansias revolucionarias de estos nuevos campeones de la libertad. Pese a ello, persisten en señalar a «sus» enemigos: los fascistas. Pero no se observa excesivo rigor intelectual en ello, ni debate previo, ni voluntad alguna de diálogo con «los otros».

Un ejemplo ilustrador. En los carteles anunciadores, en Pamplona, de las movilizaciones del 22 de marzo de 2015, presentaban como peligrosos centros fascistas diversas siglas locales; cada una de ellas en su correspondiente cubo de basura. A saber: UPN (sus escuadras negras son temibles, ciertamente), el MSR (¿acaso existe?), Navarra Resiste (una combativa web navarrista) y SAIN (un partido de izquierdas, pero contrario al aborto, amigo de los papas; vamos unos fascistas que aterrorizarían a Himmler y Röhm). En suma: «fascistas» serían todos aquéllos que no gustan a los propios «antifascistas». Por el motivo que sea. Reales o imaginarios. Con poder real o sin él.



Pero, semejante potestad totalitaria, tamaña actitud discriminatoria, no es un tanto... ¿fascista?

Por otra parte, si fascista puede llegar a ser cualquiera (por no asumir de una u otra forma, objetiva o subjetivamente el «proyecto revolucionario» -¿cuál?, ¿dónde?, ¿cómo?- de tan tremendos antifascistas), entonces... si fascismo es todo: ¡fascismo no es nada! No en vano, si un concepto sirve para etiquetar cualquier categoría de manera indiscriminada, realmente no esclarece nada. Pero -aquí radica su poder real- esta técnica puede marcar las condiciones del debate sociocultural, criminalizando, además, a quienes son percibidos como rivales.

No existe, pues, estrategia revolucionaria; como tampoco existe «sujeto revolucionario». Así, ¿todavía existe la clase obrera? De existir, ¿qué pretende?, ¿conquistar el Estado o convertirse en clase media? Y de pretender lo primero, lo intentaría ¿de un modo «revolucionario» o desde la socialdemocracia «políticamente correcta»?

Estrictamente hablando, ser antifascista es tanto como no ser nada. Por ello, si algo caracteriza a tan fieros antifascistas es la pereza mental y su incapacidad para entender lo que realmente sucede.

Muletas del sistema

Nuestro mundo globalizado está dirigido por unas estrechas oligarquías que controlan los Estados, los medios de comunicación, los grandes intereses financieros y multinacionales; siendo su principal motor el lucro y el ejercicio del poder. Y siempre por encima del pueblo. Si los antifascistas fueran verdaderos sujetos revolucionarios, tejerían una nueva internacional dirigida contra esas oligarquías que secuestran las democracias, expolían a los pueblos, uniformizan las costumbres y el pensamiento, alienan los espíritus... bajo los dictados del poder establecido, del «sistema». En este contexto de lo políticamente correcto radical-progresista, del individualismo extremo, de la desvinculación, de la des-responsabilidad generalizada ante el futuro de los pueblos y de los humildes, los antifascistas juegan un triste papel: el de «guardia de la porra» del sistema; señalando presuntos enemigos y desviando fuerzas de los combates reales.

Chantal Delsol en su libro *Populismos. Una defensa de los indefendible* (Ariel, Planeta, Barcelona, 2015) explica lo anterior muy bien. Si algún «antifa» quiere leerlo, adelante. Le prestaría mi ejemplar. Pero, por favor, con devolución.

¿Recuerdan? Ayer, los «moderados» del PNV decían que los de ETA eran unos chicos malos, pero, en suma, «de los suyos». Y hoy, los «budas» de lo políticamente correcto pueden sentirse bien contentos con sus antifascistas: un poco trastos, pero son «sus» chicos. Un poquito radicales, y hippies, y porretas, y violentos. «Quien de joven no es comunista, es que no tiene corazón», se repite acriticamente. Si bien se olvida que la frase completa, atribuida a Willy Brandt, termina afirmando «Quien de viejo es comunista, es que no tiene cabeza».

No en vano, buena parte de las pretensiones subjetivas de la utopía libertaria y comunista se ha alcanzado en el universalismo individualista del consumismo imperante, de la afirmación libérrima del ego hasta la irracionalidad, de la satisfacción inmediata e irresponsable de las necesidades -reales o supuestas- personales. Paradojas actuales. El mundo de la globalización y del universalismo socialdemócrata ha colmado buena parte de las pretensiones más extremas de la utopía anarco-comunista.

De este modo, quienes enarbolan todavía hoy, y con tal violencia, las viejas banderas del antifascismo, ejecutan el trabajo sucio de las oligarquías reales; despejando «el camino del progreso» de cualquier supuesto disidente. Por todo ello, conscientes o inconscientes, los antifascistas se comportan como unos auténticos mamporreros del sistema.

Antifascismo: ¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre!

Tomado de *La Tribuna del País Vasco*

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.